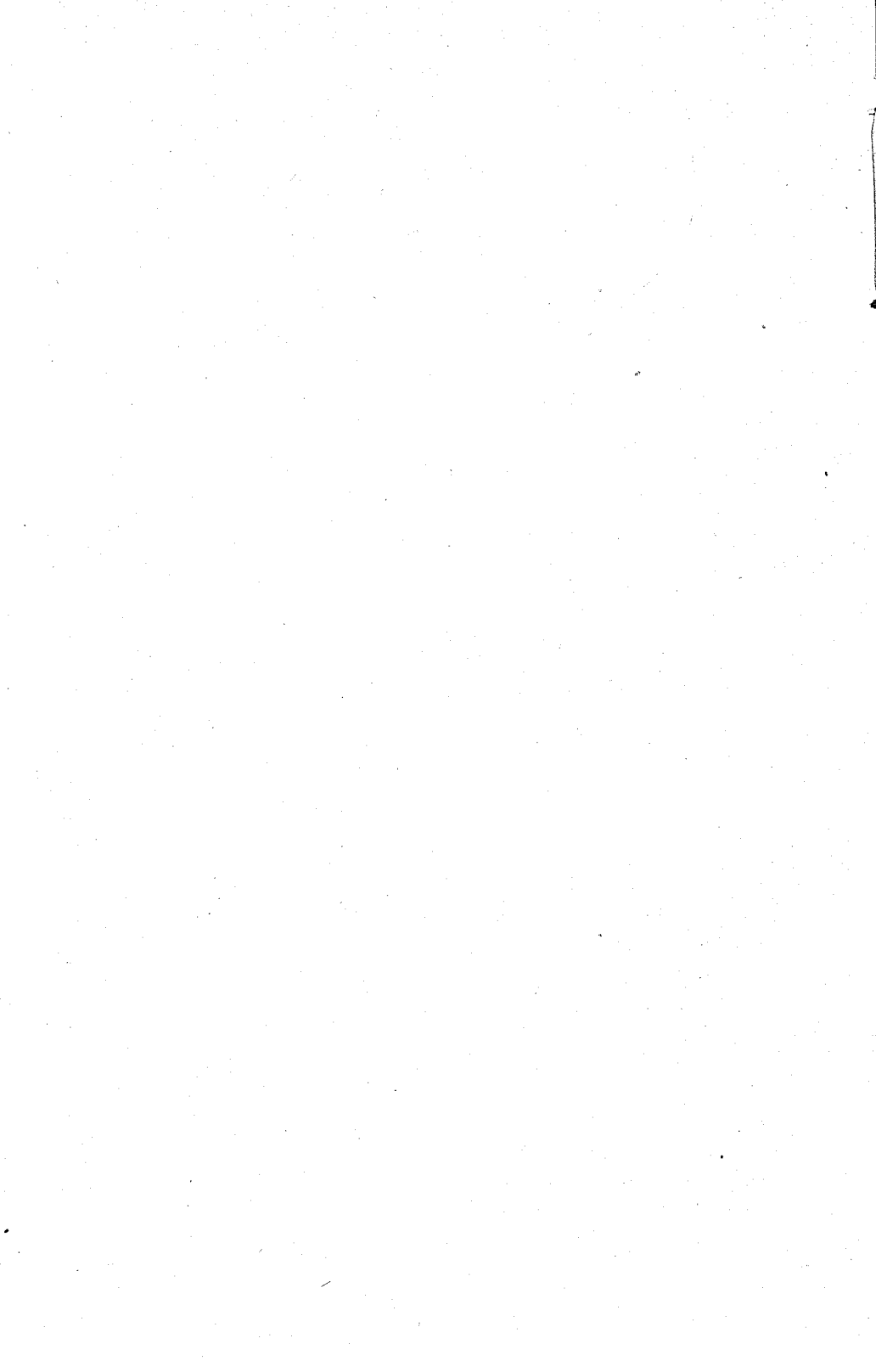


# DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

Por **Francisco Jiménez Campaña,**

DE LAS ESCUELAS PÍAS.





## DON QUIJOTE Y LA RELIGIÓN

---

SEÑORES:

Vengo á esta fiesta literaria y entro en este palenque, donde hoy se rompen lanzas y se suenan adargas en honor del Príncipe de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, querido por vuestra buena voluntad, que no vió en mí, sin duda alguna, la carencia de todas las dotes y destrezas del buen mantenedor. Y puesto que la amistad os puso vendas en los ojos, no seré yo quien me entre ahora por vuestros oídos á los dominios de la inteligencia con el relato penoso de las miserias de mi imaginación, de las nubes de mi entendimiento, obscuro de suyo y de los pocos bríos del sentimiento.

Cumpliré como Dios me dé á entender con las leyes de la amistad, tan dignas de respeto como las leyes del honor, esperando que el cielo, que no se enoja de las buenas intenciones, venga en mi ayuda con su poder.

Y lo primero que voy á asegurar es que no soy extraño á vuestra alegría, ni vengo sólo con estos hábitos á tomar parte en el regocijo de los demás. Que como se trata de prestar homenaje voluntario al Príncipe de los ingenios en el tercer centenario de la aparición de su *Don Quijote* en la república de las letras, vienen conmigo, ó mejor dicho vengo yo con ellos y como el último mesnadero de sus huestes, y entro en esta plaza con Gonzalo de Berceo, aquel piadoso sacerdote de San Millán de la Cogulla, primer poeta español de nombre conocido, de abundante vena, creador de la leyenda histórico-religiosa en nuestra Patria, que trae por

pajes de brida aquel levantisco monje de Arlanza, que escribió el poema del Conde Fernán González, y el otro beneficiado de Ubeda, que continuó el poema de Alexandre; aquí entra aquel regocijado y travieso Arcipreste de Hita, que pulsó todas las cuerdas de la lira, desde la canción religiosa hasta la sátira, y trae arreos de príncipe, pues que lo fué de los poetas castellanos de la Edad Media; aquí viene Fray Martín de Córdoba, que escribió el *Vergel de las nobles doncellas*, y Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, con su *Reprobación del amor mundano*; aquí el insigne Obispo de Burgos, Don Alonso de Cartagena, con su *Memorial de virtudes*, y aquí Don Juan de Padilla, imitador del Dante en los *Doce triunfos de los doce Apóstoles*; aquí Fray Iñigo de Mendoza, discípulo del caballero orador y poeta Don Gómez Manrique y Fray Ambrosio Montesino, vate religioso de la Corte de la Reina Católica; aquí los místicos españoles, ricos de letras y de amor de Dios, pródigos de las luces de su ingenio, que iluminaron y alegraron el cielo de España, cuando el astro rey, embelesado con su hermosura y bizarría, no osaba apartar sus ojos de los dominios de nuestras armas, y por cuya habla rica y sonora y llena de inextinguible vida seguiremos siendo hasta la extinción del tiempo, á despecho de envidiosos detractores y tiranos y piratas, los regios dominadores del Nuevo Mundo; aquí Juan de Castellanos, que en el último tercio de la vida cantó, enamorado con senil amor, *Las elegías de varones ilustres de las Indias*; aquí Solís, cuya *Historia de la conquista de Nueva España* tiene todos los arranques épicos y las artísticas disposiciones de una epopeya; aquí Herrera, ya afinado y melancólico, ya resonando la épica trompa por la victoria de Lepanto; aquí Mariana, haciendo á las veces sombra á Tácito y Tito Livio y Jenofonte, y seguido, como noble infanzón, de sus escuderos los Padres José de Sigüenza, Martín de Roa, Antonio de Fuenmayor y Prudencio de Sandoval; aquí Góngora, allegando, al dormitar de su ingenio, nuevas voces al tesoro de nuestra lengua, y recreando el ánimo de la Patria con el son argentino de sus artísticos romances; aquí Espinel con su *Escudero Marcos de Obregón*, por cuya venas corre la sangre aventurera y

picaresca de Gil Blas de Santillana. Aquí dignos de vuestro respeto y agasajo los grandes dramaturgos españoles, los que llevaron en triunfo el nombre de España como una bandera nunca vencida ni superada, y son aún ricos veneros adonde vienen á enriquecerse ingenios envidiosos de nuestra fortuna; ellos son y vienen como nobles capitanes, haciendo medida á Cervantes, Lope de Vega, fénix de nuestros Siglos de Oro y de todos los siglos; Calderón, el de la *Vida es sueño*; Tirso de Molina, el de la *Prudencia en la mujer*, y Moreto, el de *El valiente Justiciero*, que subieron con alas de águila á las alturas del genio griego, cuando éste rugía y lloraba con Eurípides de Salamina y reía y satirizaba con Aristófanos de Atenas. Tras esta sublime manifestación del ingenio de nuestra Patria, nunca tan espléndida como en aquella áurea edad, yo escucho sonar de épicas arpas mezclado con notas alegres de risas, como en día de verdadera expansión del alma: son Fray Alonso de Acebedo cantando la *Creación del mundo*; Fray Diego de Hojeda, *La Cristiada*; el Obispo Valbuena, el *Bernardo*; Villaviciosa, la *Mosquea*, emulando á Homero, y el Sacerdote Rodrigo Caro, cantando con acento doliente, que llega á la médula del alma, con la visión no sé si de cosas presentes ó futuras:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Luego se acerca, levantándose entre una muchedumbre de mediocres ingeniecillos, corruptores del habla castellana, el Padre Lorenzo Hervás con su hermoso *Catálogo de las lenguas*, y el Padre Alvarado, lleno de sales y hondo filosofar, conteniendo con sus *Cartas críticas* la corriente enciclopédicoasoladora de todo bien, y el Padre Esteban Artega, primer estético español, y los dos Benedictinos, honra de la añeja tierra cristiana del Miño y el Caabe, el gran crítico Feijóo y el excelente polígrafo Martín Sarmiento; y el Padre Flórez con su *España Sagrada*, historiando ya á la manera moderna; y pintando en nuestro rostro la mueca retonzona de la burla el Padre Isla con su *Fray Jerundio de Campazas*, y Fray Diego González con su *Murciélagos alevos*

so, en armonioso contraste con Lista, que viene cantando á la *Muerte de Jesús*, porque todos la olvidan; y D. Juan Nicasio Gallego, airado aún con la traidora invasión napoleónica; y el Padre Basilio Bogiero, en fin, Escolapio, maestro de Palafox, orador y poeta, que fué el Tirteo que, con sus nerviosos cantos á la independencia patria, mantuvo entera el alma de Zaragoza y dió por ella la vida sobre el puente del Ebro, muerto á traición por los flamantes vencedores de Austerlitz y Marengo.

Yo no quiero contar por innumerable y porque aún no están juzgados por la historia crítica, la hueste de sacerdotes escritores del siglo que pasó: entre ellos se descubren por su gigantesca figura, Balmes, el del *Criterio*, y Mosen Verdaguer, con su *Atlántida* y sus *Místicos Idilios*, nacidos de un corazón hermosamente cristiano.

Todos estos sacerdotes, prueban la parte activa y el hondo regocijo que la Iglesia española toma en estas fiestas celebradas en honra del Príncipe de los ingenios, Miguel Cervantes Saavedra. Y el tema que me ha cabido en suerte para su desarrollo, *El Quijote y la Religión*, lo ha de probar más.

## I

«Religión—dice el *Diccionario de la Lengua Castellana de la Real Academia Española*—es virtud moral con que adoramos y reverenciamos á Dios, como á primer principio de todas las cosas, dándole el debido culto con sumisión interior y exterior nuestro, confesando su infinita excelencia.» Y religión católica, que es la que profesamos nosotros y profesó Cervantes y la que asoma la cara al través de la mayor parte de los hechos de Don Quijote, será la virtud moral y la fe, que se nos da en el bautismo, con las cuales adoramos y reverenciamos á Cristo, como á nuestro Redentor, y seguimos su doctrina.

Y esta Religión y no otra de paganos ni de turcos, es la que profesa el Ingenioso hidalgo manchego, la que le sale á Sancho por todos los poros del cuerpo y la que practican de buena voluntad gran parte de los personajes secun-

darios de esta novela, sola y única en la historia de las Letras.

Cada uno da de lo que tiene, y aquel soldado de la Cruz, que peleó en Lepanto contra la Media luna y derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo, aquel, que con su palabra arrebatadora convencía á los cautivos renegados de lo horrendo de su apostasia y los hacía tornar arrepentidos á los brazos de la Iglesia, nuestra Madre; aquel, que llegó al heroísmo de la caridad cristiana, queriendo sufrir él solo los castigos de una culpa noble, que era común á sus compañeros de cautiverio, cuando intentó la fuga y quiso alzarse con Argel y tornó las cadenas en armas y la paciencia que sufría en las mazmorras en arranques homéricos del Cid, cuando desterrado de Castilla, ensanchaba las fronteras de la patria á tajos de su tizona; aquel, que nunca tomó venganza de sus enemigos envidiosos y calumniadores, no podía dar otra cosa de sí que la fe de Cristo en que nació, ni al dar alma á los hijos de su pensamiento les pudo comunicar otra alma que chispas y ráfagas de aquella heróica fe, por la cual el relato de su propia vida es la más hermosa é interesante de sus novelas ejemplarísimas.

*El Quijote* fué lo que le quedó por hacer en bien de sus prójimos, lo que no llevó á cabo atajado por sus desdichas, lo más generoso de su corazón, desprendido y liberal, lo más subido en quilates de su opulenta imaginación y lo mejor concertado de su pensamiento: aquella estatua que modeló en la obscuridad del calabozo á golpes de desventuras, y rasgueó con el cincel de la risa y perfeccionó con los últimos toques del humorismo, que es amalgama de burlas y de llanto; aquella estatua insigne, á la que después dió por alma su propia alma, soñadora y audaz, con todas las audacias reprimidas en la noche de su prisión y rebosantes de luz y de alegría, como engendradas en aquel corazón sano, con la salud de la nobleza cristiana y que nunca enfermó de envidia, que es ira triste y melancólica y malhumorada, del bien de los demás.

La suma virtud de su héroe fué la fortaleza, la cual, como dice el filósofo Estagirita, tiene dos partes, que son

*el acometer y el sufrir*, cuyas dos virtudes no fueron vistas en toda su pujanza por humanos ojos, hasta que Cristo Nuestro Señor, *acometió* la hazaña de hacerse criatura, siendo Criador, y *sufrió* la muerte, siendo inmortal. Este es el espejo claro ante el cual se encuentran deformes los héroes del paganismo, los cuales, si tienen la audacia de acometer grandes empresas, se hayan desposeídos de la heroica virtud del sufrimiento, por cuya ausencia se vieron malogradas y no tuvieron digno remate sus hazañas más valerosas.

¿Y quién, diré yo ahora, haciendo la debida separación entre lo divino y lo humano y no queriendo barajar el cielo con la tierra, fué más acometedor de empresas arriesgadas y erizadas, como los Alpes, de dificultades, que Don Quijote de la Mancha? ¿Quién tuvo más paciencia en la adversidad, ni contó como sufridas más derrotas, que el caballero de la *Triste Figura*? Yo no os haré el recuento de sus hazañas, de todos bien sabidas, porque no hubo sombra de miedo ó de injusticia, que no recibiera el bote de su lanza, ni hubo caballero, ni castillo, ni león, ni ejércitos encontrados y trabados en batalla, ni carro de las Cortes de la Muerte, ni hueste de gigantes en los campos de Montiel, que no fueran acometidos con valentía por el esfuerzo de su brazo. ¿Qué culpa tuvo Don Quijote de que los castillos fueran ventas llenas de traginantes y hembras *del partido*, y no de guerreros y doncellas de honesto recato, ni de que los gigantes fueran molinos de viento y los ejércitos puestos en batalla, cuyos príncipes y capitanes él conoció y nombró con lengua de Homero, fueran humildes y tranquilas manadas de ovejas? Él acometió aquellas aventuras con el denuedo del que pelea con lo cierto y con lo real y no se le amilana el valor por verse uno contra mil, ni se le cae la lanza de las manos, cuando la enristra contra desaforados gigantes. *Es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra*, y allá se va el cristiano aventurero con tanta valentía como Cortés, á derribar los mejicanos ídolos.

Chocó el valor, por falta de juicio, con la materia y la fuerza de su brazo flaco, con el ímpetu del viento y la no-



bleza de su ánimo, con la malicia humana, y de aquí nació la risa y los refranes de Sancho, porque de aquí nacieron sus descalabros.

Ponderar con qué paciencia los sufrió, es obra larga y minuciosa. Jamás en viéndose vencido y maltrecho dió voces impías contra Dios, ni se descompuso su semblante con muecas de ira ni ademanes de desesperación. Con ánimo entero sufrió las heridas y humillaciones, y aun cuando su risible figura rodó muchas veces por el suelo, aporreada de yangüeses y pastores y desagradecidos galeotes, jamás rodaron su denuedo y su paciencia, ni cambió de semblante, que siempre su ánimo se tuvo de pié seco y enhiesto, como su lanza. Y si algún pecado venial cometió su paciencia y alzó más de una vez el cuento de su pica contra su escudero, más culpa tuvieron las bellaquerías de Sancho y sus mal disimuladas burlas, que las humillaciones de las derrotas. Así fué de acometedor y de sufrido el valeroso caballero Don Quijote de la Mancha, porque tal era su fe en Dios y sus virtudes cristianas. Estas vivieron en él á pesar de su locura y cuando á la hora de su muerte, Dios, remunerador de justos y de iníquos, le volvió el juicio, que le arrancaron y saquearon sus endiablados libros, él murió como bueno, en paz con su conciencia, confortado con los Sacramentos, y sin otros odios ni encargos de venganza, que un legado de ira justa y sana á los perjudiciales libros de caballería.

Y porque no se crea que esta manera de discurrir sobre Don Quijote es solamente mía por ser ministro de Cristo, que todas las buenas obras de arte las quisiera para Dios, hable el gran poeta ruso Turguenef y exprese sus ideas hondas sobre el héroe manchego.

«Don Quijote—dice Turguenef— expresa por cima de todo la fe, la fe en algo eterno é inmutable, la fe en la verdad, que se halla fuera del individuo y que no se entrega á él sin exigirle rendido culto y sacrificios, largas luchas y grandes arrestos. Don Quijote está por completo penetrado del amor al ideal; para alcanzarle está pronto á padecer todas las privaciones, á sufrir todas las humillaciones, á dar su vida... Don Quijote creería indigno de él vivir para sí

mismo, cuidarse de su persona: vive constantemente fuera de sí, para los demás, para sus hermanos: vive para extirpar lo malo, para combatir á las fuerzas enemigas del hombre, gigantes, encantadores, opresores de los endebles. No hay en él rastro de egoísmo, jamás piensa en sí; todo es sacrificio.»

Hasta aquí el poeta ruso, enamorado del héroe de Cervantes, cuyas obras leía diariamente en castellano, para dar pasto á su alma con aquel sabrosísimo manjar, que cría héroes: y todo lo anteriormente dicho por él trasciende á cristianismo, puesto que sabe á sacrificio y á caridad con los prójimos.

Mas porque el temple del alma y su buena ó mala condición suele manifestarse no sólo en las obras, sino en las palabras, que á las veces se salen de la boca sin el cabal consentimiento de la razón, oigamos las que á Don Quijote le nacieron de la mitad del corazón con los consejos que le dió á Sancho en vísperas de gobernar la ínsula Barataria.

«Primeramente ¡oh hijo! dice Don Quijote, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada.

»Mira Sancho, si tomas por medio á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay que tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente: que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

»Si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo.»

Y basta por no dar aquí formas de sermón á mi discurs-

so, que estos consejos parecen nacidos de la boca de un Santo Padre de la Iglesia y no disuenan entre las sentencias y parábolas de Salomón.

Ellos hablan solos, y solos y sin otras pruebas que los acompañen, confirman mi aserto de que el Ingenioso Hidalgo manchego fué caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje ni de judío.

Yo he oído estos consejos, que pueden ser código de la conciencia, puesto que nacieron de las entrañas del Evangelio, los he oído sonar vencedores en las Cortes en medio del tráfigo vocinglero de la política, los he escuchado en los palacios de la justicia humana saliendo de los labios del letrado defensor y en las intrigas cortesanas, siempre dando al traste con la ambición y la codicia; y donde quiera que los he escuchado, han sonado en mis oídos, como deben sonar en los oídos del proscrito aquellos cantares cristianos con que nos arrulló la patria por boca de nuestras madres en las inocentes horas de la infancia.

## II

Y si cristiano fué el andante hidalgo, cristiano viejo fué su escudero.

Sancho era hijo del pueblo, de aquel pueblo español donde tantos frutos dió la simiente evangélica. De esta tierra esponjosa y fértil, labrada en aquella sazón por las predicaciones de Fray Luis de Granada y del Beato Juan de Avila, por la palabra concisa y nerviosa de Fray Diego de Estella y la hondamente sentida del que escribió *Los trabajos de Jesús* y la arrogante y enérgica de Malón de Chaide, por el misticismo santamente caballeresco de la Doctora de Avila y el dulce y melancólico de San Juan de la Cruz y el clásico y suave de Fray Luis de León; Sancho era hijo de aquel pueblo que se solazaba y regocijaba en sus populares fiestas con los autos Sacramentales de Calderón, de Lope y de Valdivielso, y donde antes Jorge Manrique, calzando espuela y ciñendo espada, cantaba en medio del tropel de la

batalla aquella mansa elegía á la muerte de su padre, que se nos sale del alma en el rumiar de las penas de la vida; y después el gran satírico D. Francisco de Quevedo, dejaba á las veces sin concluir las epigramáticas aventuras del *Gran Tacaño*, para filosofar sobre la *Providencia de Dios* y las evangélicas hazañas del apóstol de las gentes. Sancho, en fin, era hijo de esta tierra bendita, saturada de cristianismo, como las vegas de agua, que mandaba naves á Lepanto, conquistadores á América, tercios á Flandes, teólogos á Trento, Velázquez al Calvario y Murillos al cielo, para dar vida y forma humana en los lienzos á los misterios de nuestra fe.

Y cierto, Sancho debía ser hijo de su tierra y lo fué. Zafio, ganapán, encortezado, malicioso y bellaco, con más refranes obedientes á su voluntad, que tuvo Lope de *vasallos consonantes*, y Quevedo de burlas, y de lances picarescos el *Lazarillo de Tormes*; Sancho fué cristiano añejo y borbota la fe de su alma á hora y deshora, y á las veces, cuando se le espera zahareño y aferrado á lo material y positivo, resulta manso y generoso; cuando ignorante y falto de toda luz, se le halla con puntas de teólogo, y cuando se le aguarda arrastrándose por la tierra tras los ajos y bellotas con que dar hartura á su hambre inextinguible, se le encuentra regalándose con los manjares del espíritu y las esperanzas de la otra vida.

Después del fantástico volar del Clavileño en que Sancho diz que vió desde la región del fuego chica la tierra y mezquina, y á los hombres enanos ó pigmeos, como quisiesen pasar aquellos nobles y descansados señores alegres las burlas adelante, viendo que se tomaban por veras y el duque le dijese á Sancho *que se adelinase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban aguardando, como el agua de Mayo, Sancho se le humilló y le dijo: después que bajé del cielo y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mi la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres, tamaños como avellanas, que á mi parecer no había más en toda la*

*tierra? Si su señoría fuera servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuera más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor insula del mundo.*

Quería Sancho mejor gozar de una partecica del cielo, sin afanes ni cuidados, que gobernar en toda la tierra.

Y en vísperas de salir para la insula, cuando ya casi tocaba con sus manos el deleite de mandar y ser obedecido, y disponer de lo ajeno como de lo propio, cuando otros se venden por negros y pasan por herejes, y dejan al descubierto su honra, primero que el gobierno se les vaya de las uñas, Sancho está resuelto á dejarlo todo, si con la insula se ha de perder su alma, y así le dijo á Don Quijote, que dudoso de su buena disposición y entendimiento le resquemaba el espíritu con dudas y zozobras: *Señor, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré, Sancho, á secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de insulas, que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.*

Las cuales respuestas no las diera Sancho, si no fuera cristiano, para quien antes que todas las insulas é imperios y tierras y playas de garamantas é indios es buscar el reino de Dios y su justicia.

### III

De los otros personajes secundarios de esta novela maravillosa, que van escurriendo el nudo y formando la trama de la acción y despertando el interés con la diversidad de caracteres y de sus distintos cargos y oficios y diferente posición social, los hay de todos los colores, de tantos como tiene la vida humana, más abundante y rica en tintas de virtudes y de vicios que la luz solar en cambiantes de

variado color, al iluminar los montes y las sierras, los arroyos y los mares, los pájaros y los peces. Porque los hay nobles y plebeyos, con hábito de nobleza y de religión, sencillos pastores y endiablados estudiantes, venteros con uñas de gavilán y Camachos generosos y derrochadores, enamorados suicidas, y curiosos impertinentes, doncellas pudorosas y discretas y bellacas maritornes, regocijados de la vida y arrepentidos disciplinantes, forzados de galeras y ladrones sueltos y dueños de la riqueza ajena, *corrientes y molientes á todo ruedo*. No todos practican la virtud cristiana, pero la justicia campa entre ellos triunfante y señora, y á todos va repartiendo como reina providente, según sus merecimientos, mercedes y castigos, bienes y males, riquezas y desventuras.

No todos practican la virtud en la verídica historia de Cide Hamete Benengeli; pero no sale de sus manos descabrada la Religión, no se mete por los ojos con colores excitantes la obscenidad, y si alguna escena picaresca tiene lugar en la venta está pintada con tales trazas que no se para mientes en la bellacaría, sino que se ríe á todo reír con el lance cómico é inesperado. Cuando tiene lugar el suicidio del pastor desesperado de amores por la hermosa y garrida Marcela, de tal manera habla la peregrina pastora y con tales dejos de filosofía natural y con tales arranques de fortaleza cristiana defiende su libertad y su independencia de todo hombre enamorado de la hermosura, que Dios le otorgó sin obligación de corresponder á los que se aficionaren de su belleza, que no tiene prosélitos el suicida, ni allí queda asentado, sino intrínsecamente maldecido el derecho á privarse de la vida con las propias manos.

Ello es que aquí no andan trocados los nombres de las cosas, ni disfrazado el vicio de virtud, ni la deshonestidad de recato, ni la injusticia lleva arreos de derecho, ni la venganza es piadosa, ni la avaricia liberal, ni la hipocresía lleva nimbos de santidad, ni están coronadas las bastardas ambiciones, ni la mentira triunfante, ni al homicida se le consiente que se cubra y adorne con las preseas de la caridad las manchas de sangre de su víctima.

En cambio quedan en esta novela puestos en la picota

del ridículo, para pasto de buitres y escarmiento de desavizados la arbitrariedad despótica de la andante caballería y todo lo que se le parezca en las edades que pasaron y han de pasar; el culto idolátrico á la mujer, tan pernicioso como el abuso de su debilidad para considerarlas sólo como el instrumento vil de los deleites del hombre; el duelo propio de bárbaros y gentiles, porque es convertir la dignidad humana en un ridículo Júpiter tonante, que lanza un rayo de muerte por cada desacato venial, y la superstición, en fin, de los sortilegios y encantamientos contrarios á la fé que deja libre y responsable de sus actos á la voluntad y la visión de los futuros contingentes la reserva para Dios.

Y esta savia cristiana y este jugo evangélico no parte directamente de la inteligencia de Cervantes para los principales y más simpáticos personajes de su epopeya, sino que es su propio corazón enviando oleadas de sangre sana y creyente á todas las arterias vitales de su obra, que es hermosa copia de la vida de la humanidad; es la Religión, que no para mientes en los desatinos audaces de un loco, ni toma ascos de su triste figura, porque al fin es Madre, sino que enamorada de su corazón besa en la frente á Don Quijote, caballero campeador y perseguidor de las injusticias y mentiras que traían entonces y traen ahora á roso y velloso revuelta y desabrida toda la tierra.

HE DICHO.

---

